

La etnografía como proceso colectivo

Rodolfo Oliveros Espinosa*

¿Qué les debe conceptualmente la antropología a los pueblos que estudia?

EDUARDO VIVEIROS DE CASTRO

El conocimiento como producción colectiva

El cuestionamiento del antropólogo brasileño citado en el epígrafe en contadas ocasiones ha sido un tema de reflexión de nuestra disciplina. Sin embargo, esta interrogante se vuelve cada vez más necesaria, en tanto los pueblos con que trabajamos nos interpelan y convocan a plantear los problemas de investigación a partir de sus intereses concretos. Lejos de intentar responder la pregunta de Viveiros de Castro (2010), que plantea una dimensión epistemológica y política del quehacer antropológico, en las siguientes líneas trazaremos algunas reflexiones –provocadas por esta pregunta– en torno a la etnografía y al proceso de formación como antropólogos.

Si reconocemos que todo conocimiento es resultado de la situación histórico-social y que, por lo tanto, es un producto colectivo, en el caso de la antropología será necesario reconocer, tal como apunta Viveiros de Castro, que muchos de los conceptos y teoría más importantes de nuestra disciplina son el resultado de la asimilación del pensamiento de los pueblos con que trabajamos, a veces de manera no evidente y menos aún reconocida, sobre todo por la llamada antropología “minera”, de carácter eminentemente extractiva, tal como afirma Andrés Aubry: “[...] ensimismado en su estatus, el investigador se cree un especialista de la producción de conocimientos sin que sepa desaprender lo aprendido ante las revelaciones cognitivas de la práctica social de sus interlocutores del campo” (Aubry, 2011: 60).

Han sido diversos, y con resultados desiguales, los intentos de generar nuevas formas de hacer etnografía en que los pueblos sean, en principio, reconocidos como sujetos; es decir, sujetos prácticos capaces de reflexionar sobre su propia realidad, transformarla y, por tanto, de ser reconocidos como productores de la propia antropología. Esto habría que entenderlo en tres sentidos: en tanto explicación de la dimensión humana propia de los pueblos, como generadores de “las teorías sobre la sociedad y la cultura” (Viveiros, 2010: 15) a partir de su praxis, y finalmente –como afirmaron los zapatistas durante su estancia en la ENAH en 2001– en cuanto a que “el objeto de estudio toma la palabra”. Hombres y mujeres de los pueblos indígenas y campesinos son ahora gran parte de los antropólogos que realizan las investigaciones en sus propias comunidades, pero no sólo en las suyas ni únicamente como etnógrafos, sino también como productores audiovisuales, fotógrafos, entre otros, que generan materiales para sus propias comunidades y para el exterior; es decir, no se limitan a pensar la “comunidad”.

* Centro INAH Michoacán (caxtoli@yahoo.com.mx).

Otras etnografías y varias miradas

El reconocimiento del carácter colectivo del conocimiento y del proceso de investigación es apenas una primera derivación a partir de la cuál es posible pensar los alcances de un proyecto colectivo de largo aliento como ha sido el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México para el Nuevo Milenio.

A lo largo de nueve años en este proyecto, el ejercicio de investigación y formación como antropólogo me ha llevado reflexionar sobre el carácter colectivo de la investigación, sus posibilidades y debilidades. Plantearse un proyecto en verdad colectivo, en tiempos que la flexibilización laboral y el carácter productivista del quehacer científico permea en la instituciones académicas, es un auténtico reto.

El proyecto de etnografía nos ha permitido adentrarnos en numerosas temáticas, discusiones y formas de analizar la realidad. El proceso generado nos ha enriquecido como científicos sociales y sobre todo nos ha permitido un acercamiento múltiple con los pueblos indígenas. Si una cualidad tiene el quehacer etnográfico es la posibilidad de encontrarnos y confrontarnos con los otros y “lo que toda experiencia de otra cultura nos ofrece es una oportunidad de realizar una experimentación sobre nuestra propia cultura” (*idem*).

Con el paso de los años, el proyecto se ha transformado, y podríamos seguir la derivación de Viveiros y reconocer que esa transformación se ha debido en gran medida a la *praxis* de los pueblos, o decir que esta transformación se debió no sólo a nuestra práctica antropológica. En todo caso, algunos de los debates que se han puesto en la mesa de discusión y que han cuestionado mi propia práctica etnográfica implican la necesidad de generar resultados concretos que las comunidades puedan apropiarse (Boege, 2010). En este

sentido, podríamos decir –siguiendo a Aubry– que “[...] investigar un problema es resolverlo, pero en el entendido de que en la sociedad el problema y su solución son colectivos [...] pero lo menos que se puede esperar del investigador es que proporcione instrumentos –los mejores no suelen ser de papel– para agilizar o consolidar la acción colectiva” (Aubry, 2011: 65).

En la última década, la antropología en México se ha visto transformada por dos hechos que han marcado en muchos lugares la dinámica de los pueblos indígenas.

El primero de ellos ha sido la supuesta guerra contra el narcotráfico, que nos ha obligado a muchos a hacer etnografía “en el campo de batalla” (Robben y Nordstrom, 1995), por lo que se hace necesaria una reflexión ética sobre la información y los problemas que hemos abordado como investigadores. En la medida que los etnógrafos se involucran y pueden llegar a ser víctimas, los cuestionamientos sobre la objetividad de la investigación se difuminan y se abre ante nosotros una nueva realidad que plantea problemas de carácter ético, y el propio riesgo debe ser considerado como una cuestión metodológica (*idem*). En Michoacán nos hemos visto orillados a realizar estos cuestionamientos; por ejemplo, hasta dónde podemos trabajar el tema de la tala clandestina o los conflictos territoriales sin poner en riesgo a las personas con quienes trabajamos ni a nosotros mismos.

El segundo es la actual etapa de despojo que lleva a cabo el capital y que afecta en gran medida los territorios de los pueblos indígenas, en algunos casos la primera cara de la moneda de la violencia desatada a lo largo del país. Las respuestas de los pueblos han sido diversas y desiguales, a veces logrando construir procesos de autonomía y en otras viendo roto el tejido social de las comunidades. Estos procesos también nos han llevado a redefinir nuestra situación como investigadores y a tomar una posición frente a las propias comunidades que deciden impulsar procesos profundos de transformación de su realidad y reinventarse.

Finalmente, podemos afirmar que el proyecto de etnografía es el marco que nos permitió adentrarnos en el sinuoso sendero del trabajo de campo y a entenderlo desde diferentes puntos de vista, a cuestionarnos éticamente el quehacer antropológico y a valorar la importancia del trabajo colectivo en los procesos de investigación.

La experiencia adquirida en este trabajo colectivo ha sido sumamente rica, ante la diversidad que lo ha





Caravana, lugar no identificado, 1944 **Fotografía** © Armando Salas Portugal

permeado. La interdisciplina ha sido otro de los aportes del proyecto. Esto ha posibilitado que algunos de nosotros nos adentráramos en otras disciplinas, como la geografía, y que aprendiéramos a combinar estrategias de investigación, pero siempre con la etnografía como base.

Hemos querido transmitir a los estudiantes de la ENAH esta experiencia en el proyecto de etnografía, pero sobre todo el aprendizaje que hemos tenido con los pueblos indígenas, tratando de generar una forma distinta de aprender y producir la antropología desde una mirada crítica, en la que –como diría Freire– educadores y educandos se asuman como sujetos de la historia y que su práctica se guíe por una posición ética como investigadores.

Bibliografía

- Aubry, Andrés, "Otro modo de hacer ciencia. Miseria y rebeldía de las ciencias sociales", en *Luchas "muy otras". Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*, México, CIESAS/UAM-X/UNACH, 2011.
- Boege, Eckart, "Protocolo de investigación", tercera etapa, línea 1: "Etnografía del patrimonio biocultural de los pueblos indígenas de México", México, 2010.
- Robben y Nordstrom, "Introduction. The Anthropology and Ethnography of Violence and Sociopolitical Conflict", en *Fieldwork Under Fire. Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- Viveiros de Castro, Eduardo, "El anti-narciso", en *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología posestructural*, Buenos Aires/Madrid, Katz, 2010.